

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 2º de Cuaresma)

“ Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús :” Maestro, qué bien se está aquí!. Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Estaban asustados y no sabía lo que decían . Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube:” Este es mi Hijo amado, escuchadlo”. De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús , solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó :” No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos “. Esto se les quedó grabado y discutían qué querría decir aquello de resucitar de entre los muertos”.

(Mc. 9, 2-10)

En este texto de la liturgia cuaresmal, la Palabra en el Evangelio de Marcos, nos ofrece con su lenguaje mítico, lo que puede ser la experiencia fundante que brota del encuentro de Jesús con Pedro, Santiago y Juan en la montaña.

Jesús lleva a sus amigos a la montaña, espacio de silencio y serenidad. Y allí, en quietud contemplativa, descubren que en el Jesús de sus caminos compartidos, está la luz que ilumina y da sentido a sus vidas.

Y en la experiencia, desconcertante pero hondamente saboreada, brota la voz del Padre: ”Este es mi hijo muy amado, escuchadlo”.

El encuentro con el rostro transfigurado de Jesús, les impulsará a escucharlo más y mejor, a dejar que la luz liberadora que brota de su Palabra, ilumine sus pasos y su futuro. Escuchando y acogiendo su Palabra sus vidas quedarán también transformadas, limpias, transparentes, mostrando todo lo bueno que hay en ellas.

Que nos dejemos llevar a la “montaña”, Que la luz y la Palabra de Jesús fluyan en nosotros y nos hagan descubrir y acoger toda la potencialidad de vida que nos regala.

Que al bajar de la montaña, sepamos compartir con nuestros hermanos, la esperanza que el encuentro con Jesús ha recreado en nosotros. Y que, en los momentos de dificultad o desconcierto, la fuerza de la experiencia fundante vivida sea el referente íntimo que nos mantenga en pie y nos impulse a seguir caminando.

ORACIÓN

En medio del ruido
y la dispersión
de mi acontecer cotidiano,
tu Palabra me invita hoy

a subir a la montaña
Quieres de nuevo,
mostrarme
tu rostro transcendente,
tu presencia,
hecha serenidad y fuerza.
Quieres que viva
un encuentro gratificante,
que me llene, me impulse
y se haga experiencia referente
en momentos de dificultad.

También yo quiero
y necesito, Señor,
subir contigo a la montaña
sentirme habitada
por tu presencia,
reconciliada en tu Misericordia,
fortalecida en tu misma fuerza.
Quiero y necesito
mirarme,
desde la luz serena
que brota de la montaña
y encontrarme con mi verdad,
con los sentimientos
que impulsan mis actos,
con mis temores y mis desconfianzas,
con mis luces y mis sombras.

Quiero y necesito
contemplar desde tu montaña,
la realidad que viven y sufren
nuestros hermanos más débiles,
y bajar y acercarme a ella
para sufrirla, para acompañarla,
para compartirla y asumirla
como llamada y compromiso
de tu proyecto de Reino.

Necesitamos
que, en el misterio de la montaña
la voz del Padre
vuelva a resonar en nosotros:

“Este es mi Hijo amado,
escuchadlo”.

Queremos escucharte, Señor,
acoger tu Palabra
que siempre ilumina
el cómo y el hacia dónde caminar.
Dejar que tu Palabra
siga impulsando
en nosotros,
tu mensaje, tus actitudes,
tu modo de acoger,
de levantar, de sanar
de denunciar,
de perdonar.

Queremos escucharte y acogerte
en las personas que sufren,
en el desconcierto colectivo
ante un mundo dirigido
por el poder destructor.
Que tu Palabra nos fortalezca,
cuando definirnos
ante una realidad injusta,
suponga un riesgo.
Que al escucharte en silencio,
tu Palabra
vaya imprimiendo en nosotros
los valores del Reino.
Que nos haga lúcidos y humildes,
honestos y coherentes
para ser reflejo sencillo
de tu luz y tu verdad.

¡Llévanos, Señor a la montaña!
que tu rostro transfigurado
dinamice el deseo
de ir construyendo tu Reino.
El camino para conseguirlo, es claro:
escucharte, acogerte,
vivirte.

Amén.

(F. Oyonarte, hcsa)